

Hemeroteca

L'AUTOMATISME PSYCHOLOGIQUE

(essai de psychologie experimentale sur les formes inferieures de l'activité humaine)
París. Félix Alcan, 1898. Págs. 478-489.

CONCLUSIONES

Se encuentran dificultades muy particulares y queda uno expuesto a grandes peligros, cuando se intenta extraer conclusiones generales de estos largos estudios experimentales. Los extraños hechos que hemos revisado, las seductoras teorías que hemos entrevisto a propósito de éste o aqu el problema, parecen arrastrarnos a la hipótesis más aventuradas de la filosofía. Las especulaciones de los antiguos autores hilozoistas sobre la vida universal y la conciencia universalmente extendida, las teorías más modernas sobre la persistencia de las ideas en la memoria y sobre el carácter indestructible del pensamiento,  casi no se vinculan estrechamente a nuestras experiencias sobre la catalepsia, la sugestión terapéutica y los actos subconscientes? Pero abordar estos supuestos, por muy seductores que sean, sería salir enteramente del método que hemos asumido y pasar, como decía la antigua lógica, de un género a otro. Uno de los grandes méritos de estos nuevos estudios de psicología, aunque esto parezca singular, es que son susceptibles de error. Se puede demostrar de modo riguroso, y así se hará con muchos de estos estudios, la inexactitud involuntaria de algunas observaciones e interpretaciones. Esto es un mérito y una ventaja: es una satisfacción para el espíritu constatar que se equivoca sobre algún punto, pues ello abre la esperanza de poder o haber podido alcanzar la verdad sobre algún otro. Las hipótesis generales de la filosofía no son susceptibles de error.  Qui n puede o podrá refutar el espiritualismo o el pante simo, de tal modo que haga desaparecer la hipótesis por inútil? Por esto no necesitamos comprometernos con estas teorías que est n, en virtud su naturaleza, por encima o por debajo de toda discusión precisa.

Sin embargo, siendo la síntesis, como hemos visto, el principal mérito de los trabajos intelectuales, es necesario sintetizar todos los estudios contenidos en este libro. Las hipótesis generales son simples resúmenes, símbolos que representan, mejor o peor, el estado momentáneo de un problema y el nivel donde se detiene la interpretación de los fenómenos. Aunque las proposiciones que vamos a explicar nos parecen verosímiles, no deben ser consideradas más que como hipótesis quizá momentáneas y transitorias.

Al comienzo de los estudios sobre psicología, los filósofos insistían sobre una observación, justa en general, y quizá necesaria, la separación radical del cuerpo y el espíritu. Esta concepción, que tenía su razón de ser, fue útil en un cierto momento y contribuyó poderosamente a fundar los estudios psicológicos; pero tenía también sus exageraciones y sus peligros. Los inconvenientes de esta hipótesis se manifestaron primero en la metafísica, y la dificultad de explicar la acción recíproca del alma y del cuerpo forzó a los filósofos a construir los sistemas más extravagantes. Ante las dificultades y, a veces, los absurdos de estas teorías, la filosofía modificó, poco a poco, su concepción primitiva y, bajo la influencia de LEIBNIZ, y más adelante de KANT, unió singularmente las dos naturalezas que había creído inconciliables.

Para comprender las cosas, es preciso separarlas: la DISCRIMINACION es el primer paso de la ciencia; pero separar no es comprender, se requiere, a continuación, reunir, sintetizar los términos diferentes que se han distinguido y establecer esa unidad en la diversidad, que es propiamente la tarea del espíritu humano.

Este progreso efectuado en la metafísica del alma y la materia, no me parece que haya sido tan complejo, hasta el momento, en la ciencia del espíritu y del cuerpo. En la ciencia, en efecto, la separación había sido tan completa entre las dos categorías de fenómenos, psicológicos y fisiológicos, como lo fue entre las dos especies de seres distinguidos por los metafísicos. Esta separación había adoptado una forma particular, el antagonismo entre las ideas y sentimiento de una parte, y el movimiento físico de los órganos, de otra, en lugar de ser la oposición entre lo extenso y lo pensado. Las dificultades, sin embargo, no habían tardado en sobrevenir y habían forzado a los psicólogos, como anteriormente a los filósofos cartesianos, a inventar toda clase de intermediarios entre los hechos que se habían separado. Las teorías de la facultad motriz, del esfuerzo muscular e, incluso, de la voluntad, me parecen en la ciencia, suposiciones absolutamente paralelas a las famosas hipótesis metafísicas del mediador plástico, de las causas ocasionales o de la armonía preestablecida. Estos intermediarios, sin embargo, no fueron suficiente y, de modo creciente, se constata el papel del pensamiento en el movimiento. ¿Se puede suponer hoy una teoría de la actividad física o instintiva, de la espontánea o voluntaria, sin mezclar allí perpetuamente todas las teorías de la inteligencia? ¿Se puede hablar de inteligencia, percepción y atención sin mezclar incesantemente la noción de movimiento corporal? Una teoría de la inteligencia pura, independiente del organismo y del movimiento no es ya posible en la actualidad, y pronto una teoría del organismo puramente mecánica sin intervención de la conciencia será igualmente insostenible. No se puede considerar la psicología y la fisiología como independientes, no se puede seguir haciendo de una el apéndice insignificante de la otra; hay que confesar que hay, entre estas dos ciencias, relaciones particulares que no existen en ninguna otra y que, situándose en puntos de vista diferentes, ambas dan lugar a prescripciones paralelas de una misma y única cosa.

Restringiendo esta cuestión general, estudiando para ello no todos los órganos sino solamente el movimiento de los miembros, de los órganos de relación, hemos aportado nuestra contribución al establecimiento de esta teoría moderna; hemos intentado mostrar la unión completa, la inseparabilidad absoluta de los fenómenos del sentimiento y pensamiento con los fenómenos del movimiento físico entre los seres organizados. Hemos mostrado, de una parte, que todo movimiento de miembros en un ser vivo, por muy simple que sea, era acompañado por un fenómeno de conciencia. Ya se trate de la postura de los miembros, de actitudes, de convulsiones en estados de crisis o enfermedad, bien cuando el sujeto parezca insensible y reducido a un estado maquinal, o se trate de movimientos involuntarios o de contractura persistente en un sujeto actualmente consciente de otra cosa y que sostiene no conocerlos, siempre se puede, legítimamente, suponer, y a veces demostrar, la existencia de fenómenos de conciencia,

simple sin duda, pero reales y con tanta duración como el movimiento mismo. Por otra parte, creemos haber demostrado que si se hace nacer en el espíritu de una persona un fenómeno psicológico cualquiera una sensación, una alucinación, una creencia, una percepción simple o compleja, se provoca infaliblemente un movimiento corporal correspondiente que varía en complejidad como el fenómeno psicológico mismo.

Inversamente, si examinamos o si producimos diversas supresiones de movimiento, cuando el sujeto, por ejemplo, se vuelve incapaz de realizar tal acto determinado o decir tal palabra, o bien cuando es afectado por una parálisis completa, constatamos que hay, al mismo tiempo, en la conciencia, un vacío particular, la pérdida de una imagen o una amnesia, la pérdida de una sensación o una anestesia. En fin, cualquiera que sea la modificación que el movimiento exterior parezca experimentar, sea vago o preciso, complejo o incoordinado, regular o muy variable, siempre hay en el espíritu una modificación correspondiente, la actividad instintiva corresponde a las sensaciones y percepciones, la actividad espontánea no debe ser separada de la memoria, la actividad voluntaria no existe sin el juicio. En una palabra, cualquiera que sea el punto de vista que se adopte, no hay dos facultades, la del pensamiento y la actividad, sino que en cada momento hay un único fenómeno manifestándose siempre de dos modos diferentes.

¿Cómo esta unidad, pese a la aparente diversidad, es posible? Creo que las teorías actuales del conocimiento y de la ciencia nos dan fácilmente la razón. Se trata de una misma cosa que es conocida y estudiada de dos maneras diferentes. Un fenómeno que considero en el exterior, gracias a los órganos de mis sentidos, y que interpreto por las reglas y hábitos de mi pensamiento, no puede tener el mismo aspecto que si lo considero en mí mismo por la conciencia. La diferencia de puntos de vista, de procedimientos, de métodos de investigación e interpretación es tan grande, que bastan para explicar las diferencias aparentes que nos habian extraviado. Estas diferencias no deben ser suprimidas, puesto que resultan de una oposición real entre nuestros procedimientos de conocimiento, y el estudio fisiológico del movimiento exterior no debe ser identificado con el estudio psicológico del pensamiento que le acompaña; cada uno de estos estudios tiene su papel y su importancia, y siguiendo los puntos que considera, una u otra de estas ciencias avanzó más. ¿Quién intentaría la teoría psicológica de la digestión o la teoría fisiológica del silogismo? Pero esto no impide que estas ciencias sean paralelas y que tengan entre ellas relaciones que ninguna otra puede tener, pues estudian el mismo objeto desde dos puntos de vista diferentes. El conocimiento del hombre, esto es cierto, no sería completo, en una ciencia ideal, salvo que cada ley psicológica encuentre su semejante en una ley fisiológica. En el camino hacia este ideal, las dos ciencias se socorren mutuamente y, según cual se encuentre más avanzado sobre un punto, una de las dos da indicaciones y directrices a la otra. En el estudio que nos ocupa, el de los movimientos de relación, parece que por el momento sea la psicología la preeminente, y los fisiologistas mismos lo han remarcado como un hecho importante, no habiendo podido explicar los actos sonambúlicos más que apelando a leyes psicológicas.

Dejemos, pues, de lado los fenómenos físicos, pasemos a la psicología pura y busquemos en sus leyes la explicación de la actividad particular y automática que hemos querido estudiar. Las cosas parecen pasar como si hubiera en el espíritu dos actividades diferentes que tanto se completan una a la otra como se obstaculizan: consideremos cada una de estas actividades separadamente.

Como decían los antiguos filósofos, ser es actuar y crear, y la conciencia, que es en su supremo grado una realidad, es por lo mismo una actividad constructiva. Esta actividad, si intentamos representar su naturaleza es, ante todo, una actividad de síntesis que reúne los fenómenos dados, más o menos numerosos, en un fenómeno nuevo diferente de sus elementos. Esto es una verdadera creación, pues desde cualquier punto

de vista en que nos situemos, «la multiplicidad no contiene la razón de la unidad» (BOU-TROOX), y el acto por el cual los elementos heterogéneos son reunidos en una forma nueva no está incluido en los elementos.

En el momento en que, por primera vez, un ser rudimentario reúne los fenómenos para construir la sensación vaga de dolor, hay en el mundo una verdadera creación. Esta creación se repite para cada nuevo ser que logra formar una conciencia de este género, pues hablando con propiedad, la conciencia de este ser que acaba de nacer no existía en el mundo y parece salir de la nada. La conciencia es, pues, por ella misma, desde sus comienzos, una actividad de síntesis.

Es imposible decir cuáles son los primeros elementos que son así combinados por la conciencia. Igual que la fisiología encuentra organización en todos los elementos del cuerpo organizado, la psicología encuentra organización y síntesis en todos los elementos de la conciencia a los que puede remontar. Pero lo que es cierto es la existencia de grados de organización y síntesis progresivamente complejas. Las pequeñas síntesis elementales sin cesar repetidas, se transforman en elementos de otras síntesis superiores. Siendo muy complejas estas nuevas síntesis, son más variadas que las precedentes; aunque permaneciendo siempre como unidades, son unidades que tienen cualidades diferentes unas de otras. Igual que los seres compuestos de una sola célula son todos parecidos, y que los seres compuestos de varias células comienzan a tomar formas distintas, las conciencias vagas de placer y dolor se transforman, poco a poco, en sensaciones determinadas y espacios diferentes. Cada sensación es así un todo, un compuesto en el cual los elementos de conciencia correspondientes han sido combinados.

Es erróneo decir que un niño aprende a sentir tal sensación y, a continuación, a hacer el movimiento complejo correspondiente; ha aprendido las dos cosas simultáneamente, y la coordinación de los movimientos es hecha al mismo tiempo que la organización de los elementos de la sensación.

Estas sensaciones, a su vez, se organizan en estados más complejos que se pueden denominar emociones generales; estos se unifican y forman, en cada momento, una unidad particular que se llama idea de la personalidad, mientras que otras combinaciones formarán las diferentes percepciones del mundo exterior.

Algunos espíritus van más allá, sintetizando aún estas percepciones en juicios, en ideas generales, en concepciones estadísticas, morales o científicas. Sin duda, entonces somos sorprendidos por la actividad creadora del espíritu; no creemos que las altas síntesis científicas hechas por algunos hombres de genio les hayan sido dadas en los elementos previstos por las sensaciones. Sabemos bien que generaciones de hombres han poseído estos mismos hechos, estos mismos elementos, y no han logrado coordinarlos, por lo que decimos que el genio es creador. Pero la naturaleza de la conciencia es siempre la misma y el niño que, por la primera vez, había construido en él la más débil de las emociones artísticas o religiosas, había igualmente obtenido por su propia cuenta un descubrimiento y una creación.

«La percepción no es algo diferente de la asociación, decía M. FOVILLÉE, es siempre la introducción de una corriente superior de fuerza irresistible que subordina el resto y arrastra todo su círculo propio...»

¿Cómo efectúa la conciencia tales síntesis y en que orden pasa de una a otra? Estos son casos que no hemos indagado en esta obra, pues hemos supuesto que esa primera actividad ya venía dada, estudiando siempre las consecuencias de su trabajo.

Hay, en efecto, en el espíritu humano, una segunda actividad que no puedo designar mejor que llamándole actividad «CONSERVADORA». Las síntesis, una vez construidas, no destruyen; duran, conservan su unidad, guardan sus elementos ordenados en el orden en que lo fueron una vez. Desde que se sitúa en circunstancias favorables,

se ve a las sensaciones o emociones prolongarse con todas sus características tanto tiempo como sea posible.

Aún mejor, si la síntesis realizada no ha sido completado, si no existe aún en el espíritu alguno de sus elementos, esta actividad conservadora la va a completar, va a añadir los elementos ausentes en el orden y la manera necesaria para rehacer el todo primitivo. Igual que la actividad precedente tendía a crear, esta tiende a conservar, a repetir. La mayor manifestación de la primera era la síntesis, el gran carácter de ésta es la asociación de las ideas y la memoria. «Es la contraparte mental de la gran ley de la mecánica, la conservación de las fuerzas. Esta ley, en efecto, quiere que todo móvil perseverare en su movimiento, mientras que otra fuerza no la detenga, y que siga siempre la línea de la menor resistencia. Una primera experiencia ha reunido, en el espíritu del niño, el fuego y la llama, y produce así una cierta dirección del pensamiento al mismo tiempo que de la acción; tenemos así en favor de la dirección llama-fuego, una fuerza positiva y no otra en sentido contrario»(FOVILLÉE).

Estas son las consecuencias de esta ley general de conservación y reproducción que hemos examinado en este trabajo. Hemos visto las sensaciones durar y mantener los elementos que la constituían, hemos visto las emociones reproducirse y mantener los movimientos y las expresiones de la fisonomía de la que eran partes constituyentes.

Dado un elemento particular de la memoria y de una personalidad compleja, toda la memoria y toda la personalidad se reproduce. Siguiendo así los elementos que llevaban de una síntesis a otra anteriormente constituida, se hacía alternar las conciencias y las existencias personales. Finalmente, cuando el sujeto había aprendido el sentido de las palabras y comprendido el lenguaje, se provocaban, sirviéndose de las síntesis efectuadas anteriormente, todos los actos y pensamiento y se hacían nacer todos los fenómenos psicológicos en un orden regular y fácil de preveer. Los que sólo quieren ver un lado del espíritu pueden, evidentemente, detenerse ante este automatismo que hemos descrito con detalle, pero para nosotros, este automatismo no es más que la consecuencia de otra actividad totalmente diferente que, actuando antiguamente, la ha tornado hoy posible, mientras que, de otra parte, la acompaña aún casi siempre.

En efecto, estas dos actividades subsisten ordinariamente de modo conjunto en tanto que el ser está vivo. De su buen acuerdo y de su equilibrio depende la salud del cuerpo y la armonía del espíritu. Igual que en un estado político, la actividad innovadora y la actividad conservadora deben regularse y limitarse mutuamente, del mismo modo en el espíritu, la actividad actual, capaz de comprender nuevas síntesis y adaptarse a nuevas condiciones, debe equilibrar a esta fuerza automática que quiere mantener inmutables las emociones y las percepciones del pasado. Cuando el espíritu es normal, no abandona al automatismo más que ciertos actos inferiores que, habiendo permanecido bajo las mismas condiciones, pueden repetirse sin inconveniente, pero él permanece siempre activo para efectuar en cada instante de la vida las combinaciones nuevas que son incesantemente necesarias para mantener en equilibrio con los cambios del medio. Esta unión de las dos actividades es entonces la condición de la libertad y del progreso.

Pero desde que la actividad creadora del espíritu, después de haber trabajado en el comienzo de la vida y acumulado gran cantidad de tendencias automáticas, cesa repentinamente de actuar y se detiene ante la intención, el espíritu queda entonces enteramente desequilibrado y sometido sin contrapeso a la acción de una única fuerza. Los fenómenos que surgen no son ya reunidos en nuevas síntesis, ni son ya utilizados para formar en cada momento de la vida la conciencia personal del individuo; vuelven entonces naturalmente a sus antiguos grupos y apartan automáticamente las combinaciones que tenía su razón de ser antiguamente. Sin duda, si un espíritu de este género es mantenido con precaución en un medio artificial e invariable, si, suprimiendo el cam-

bio de circunstancias, se le evita el esfuerzo de pensar, podrá subsistir algún tiempo débil y distraído. Pero si el medio se modifica, sin desgracias, accidentes, o simples cambios, exigen un esfuerzo de adaptación y de síntesis nueva, va a caer en el más completo desorden.

Son estos desórdenes, pequeños o grandes, resultantes del predominio del antiguo automatismo sobre una actividad sintética actual debilitada, las que hemos estudiado en la última parte de este trabajo. Hemos visto que las perturbaciones más extrañas podían recogerse en algunas leyes simples y que la psicología no era impotente para explicarlas.

Las ideas generales que venimos de exponer y que se encontrarán, por otro lado y en parte, en los trabajos de varios filósofos actuales, nos han parecido un modo de resumir, de sintetizar los fenómenos que habíamos escrito. No deben ser consideradas más que como conjeturas verosímiles. Su imperfección o, incluso, su falsedad no alteran la exactitud de algunas leyes particulares y de algunos hechos que son lo esencial en este ensayo de psicología experimental.

Pierre JANET